



LAS DOS NOBLEZAS

Á MI AMIGO VICENTE OQUENDO

Por lo mismo que el hombre es un sér libre, es un sér que responde de sus actos y que puede conquistar renombre, que puede despertar simpatías, que puede merecer el aprecio público.

Y ese renombre, y esas simpatías, y ese aprecio público, es lo que le imprime un precioso timbre que se llama nobleza, aunque este dictado se aplique especialmente á la nobleza hereditaria y tradicional, á la nobleza de familia. Y hé aquí cabalmente el problema que hemos planteado, ó mejor dicho, que planteamos al formular esta pregunta: ¿cuál de las dos noblezas, la familiar ó la individual, es la más laudable?

No seremos nosotros los que intentemos oscurecer los brillantes timbres de la nobleza hereditaria, de esa nobleza que simboliza sacrificios heróicos, que recuerda hechos gloriosos, que conmemora sublimes tradiciones, porque el amor á nuestros progenitores es un amor santo, que así como nos une á sus desgracias nos une á sus dichas, y

es un vínculo del que nunca podemos desprendernos, porque es el vínculo inefable de la sangre, es, en fin, el lazo de la solidaridad, por el cual los descendientes participan de los elementos de la vida material y moral de sus ascendientes; lazo que no puede separarnos, y que nos persigue más allá de la tumba, porque vive en los recuerdos del pasado y en las esperanzas del porvenir.

Por otra parte: el proverbio vulgar de que nobleza obliga, es un proverbio muy elocuente de enseñanza profunda y de efectos magníficos; porque cuando el hombre considera lo que es, cuando ve las relaciones que le ligan con el mundo, cuando se convence de que las circunstancias especiales en que se encuentra colocado le imponen deberes privativos, procura cumplirlos, aún cuando sea sobreponiéndose á los impulsos irreflexivos de sus pasiones y á los caprichos de su veleidosa voluntad. Y es que la fuerza del deber es una

fuerza suprema que ejerce poderoso ascendiente aún en los espíritus débiles, siquiera sea por el temor al remordimiento, fuerza que la sociedad, que tan interesada está en el bien público, debe aprovechar para dirigir acertadamente la conducta de todos los individuos.

El hombre que hereda un nombre ilustre siente una satisfacción secreta que le engrandece y le eleva ante sí mismo; pero á la vez le dice con elocuente voz, que si quiere sostenerse á la altura en que se halla colocado, es preciso que sea digno, que sea leal, que sea generoso, que sea abnegado, que sea, en fin, un hombre ejemplar, á quien todos quieran por su amor y respeten por sus hechos.

¿Cómo, pues, los que así sentimos y así pensamos hemos de rebajar el natural nivel de la nobleza hereditaria? ¿Cómo hemos de halagar ni estimular las malas pasiones para aguijonear la envidia de los corazones ruines, desprestigiando á los que saben sostener dignamente un apellido ilustre? Muy al contrario: los que en las distinciones políticas vemos un noble estímulo, procuraremos mantenerlo muy vivo para que sirva de aliciente á otras acciones tan generosas y levantadas como las que motivaron el timbre nobiliario, que es el escudo glorioso de las familias celosas de su honra.

Pero los mismos principios que nos han servido para glorificar la nobleza hereditaria nos servirán para enaltecer y sublimar la nobleza individual, esa nobleza que respiran los corazones honrados y que brota de las grandes inteligencias, de esas inteligencias, que son la luz de la humanidad en sus grandes investigaciones científicas.

El hombre que por su virtud constante y por su amor evangélico atrae sobre sí el afecto y el respeto de cuantos conocen sus relevantes dotes, ese es un noble, ese tiene una nobleza mayor, infinitamente mayor que la heredada, si el que la ha heredado no heredó las virtudes de su predecesor.

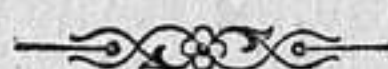
El artista de talento á quien el mundo admira por su prodigioso mérito, y que al mérito artístico reúne una probidad acrisolada, ese es un noble, pero noble de nobleza personal, que lega á sus descendientes un nombre envidiable.

El sabio que consagra su existencia á meditar sobre los arcanos de la creación, y que sin más norte que la verdad ni más estímulo que el amor á sus semejantes trabaja por la causa del bien, ese es un noble de nobleza personal que colma de gloria á sus hijos y que enorgullece dignamente á los que conquisten su aprecio.

El militar desde el puesto más humilde al más elevado, que, inspirándose en el amor á la patria, se sobreponga al amor de sí mismo y sacrifique su vida por el bien de su país, ese es un hombre noble, de nobleza más grande que la heredada, porque es adquirida merced á su virtud y á su heroísmo.

Véase, pues, como si las dos noblezas, la heredada y la personal, son timbres gloriosos, la primera significa virtudes ajenas al individuo, y la segunda representa grandes merecimientos personales; y si aquella es casual en quien la tiene, ésta es potestativa en todos, y puede adquirirse por la virtud.

JUAN CANCIO MENA.





EL GODO Y EL AGARENO

ROMANCE HISTÓRICO

(Continuacion)

III.

UN ARDID NOBLE.

Desguarnecida y oscura
 Por aquellos tiempos era
 Murcia, la ciudad que hoy día
 Siete coronas ostenta.
 Pero tan dulces hechizos
 Mostraba, y tanta belleza,
 Que en hablando de hermosura
 Se le apellidaba reina.
 Asentada en una alfombra
 Caprichosa y pintoresca
 Que entre montes extendía
 Verde y dilatada vega;
 Cercada de frescas flores,
 Cuya peregrina esencia
 Embalsamaba el ambiente
 En constante primavera;
 De un sol puro iluminada,
 De un limpio cielo cubierta
 Que en tibias noches los astros
 Recamaban de oro y perlas;
 Dejando sus leves plantas
 Humedecerse en las quietas
 Azules hondas del Táder
 Rizadas por auras ledas;
 Dando vida con sus ojos
 Á sus jardines y huertas,
 Y á los pájaros cantores
 Inspirando sus cadencias;

No era mucho que el viandante
 Y el peregrino dijeran
 Al divisarla de léjos:
 «¡Oh ciudad, bendita seas!»
 Esta mansion deleitosa
 Ganó sin lides ni guerras
 El gallardo hijo de Muza
 Quedándose absorto en ella.
 Y allí revistando triste
 Los restos de tantas fuerzas,
 (Porque iba en sangre manchado
 El laurel de Sangonera);
 Creyendo haber dado al godo
 Muerte y destruccion completas,
 Á todo andar dirigióse
 Á la nombrada Orihuela;
 No sin ver ántes sus ojos
 Una rutilante estrella
 Que á su juicio presagiaba
 Nueva lid y gloria nueva.

—
 Cuando bajaba al ocaso
 Velado en nubes sangrientas
 Del sol el cárdeno disco
 Llamando á la noche ciega;
 Cuando sus últimos rayos
 Abandonaban la tierra
 Trazando en el firmamento
 Enrojecidas estelas;
 En hora tal Abd-al-Ázis
 Plantaba innumerables tiendas

Delante de las murallas,
Hasta que la luz volviera.

—

Entre tanto Teodomiro,
Dentro de su fortaleza,
Viendo que no tiene gente
Para aventurar peleas;
Viendo cierta su derrota
Si se obstina en la defensa,
Y de mayor ignominia
Horrorizado á la idea,
Busca en su mente una astucia,
Mas una astucia sin mengua,
Para evitar que sin fruto
La goda sangre se vierta.
De la noche en el silencio,
Apoyado en una almena,
Entre dudas y temores
Que le acosan y atormentan;
Ya empuña el temido acero,
O ya el cabello se mesa,
Ya murmura, ya sonrie,
Vacila, desmaya, alienta;
Hasta que por fin, venciendo
Su lucha interior y horrenda,
Dispone un plan en su mente
Y á realizarlo se apresta.
Y alzando al cielo los ojos,
Exclama con fe sincera:
«Valor ayer me infundiste:
Hoy, Señor, dame prudencia.

—

Tras una afanosa noche
Que el sueño cruda le niega,
Con sobresalto Abd-al-Ázis
Su lecho de pieles deja.
Rumor siente de cien voces
Que se aproxima y aumenta,
Y al punto su dulce rostro
Toma una expresion siniestra.
Cuando ve que unos soldados
Conducen hácia su tienda
A un caduco anciano, objeto
De sus insultos y befa.
«Por Alláh!» grita, y á poco
Ni el rumor más leve suena:
«Y, tú, llégate» y el viejo
Con pié firme se le acerca.
El conjunto de las ropas
De su rara vestimenta
Tal vez parecer le haria

Muda figura grotesca,
Mas dicen mucho en su abono
La venerable cabeza,
El grave aspecto, los ojos
Que á su pesar centellean.
Tanto es así que, aunque pobre,
En él noble estirpe viera
Ojo que avisado fuese
En achaques de estrategia.
Hace un severo saludo,
Toma para hablar licencia,
Y despues de santiguarse
Dice así con voz serena:
«Hijo de Muza, fiado
En tu lealtad y nobleza,
Mi señor, que es Teodomiro,
Me encamina á tu presencia.
»Para evitar nuevas luchas
Mandome que te dijera
Si ajustar quieres un pacto
Que en honra de entrambos sea.
»Que tiene valor y esfuerzo
Te lo probó en la refriega:
Que quiere vengar su rota
Tú que eres bravo lo piensas.
»Que manda muchos guerreros
Y á lucha mortal se aprestan
Puedes verlo, si tus ojos
Se fijan en Orihuela.»
Cesa el anciano: le invita
A que lo que dice vea,
Y accediendo el sarraceno
Sale con él de la tienda.
¡Oh asombro! Abd-al-Ázis mira
Y ve multitud inmensa
De soldados que coronan
Castillos, torres, almenas.
Sus relumbrantes aceros,
Sus numerosas enseñas,
Sus bélicas trompas, todo
Huestes anuncia, y completas.
«Ya ves:—prosigue el anciano
Al par que al árabe observa—
Mucha sangre ha de costarte
La fuerte ciudad que asedias.
»Si quieres fiero rendirla
Caerá sobre tu cabeza
La sangre que estérilmente
En los combates se vierta.
»Si accedes á honroso pacto
Cual Teodomiro desea,
Despues de mostrar bravura
Darás de alma noble muestras.

»Cumplí mi embajada: escoge
Paz amable ó cruda guerra,
Pues no teme á la segunda
Aunque brinda la primera.
»Y al rayar mañana el día
Publica lo que resuevas,
O bien con nube de dardos
O bien con blanca bandera.»
Calla el anciano: saluda:

Clava una mirada intensa
Sobre el rostro de Abd-al-Azis
Que pasmo y duda revela:
Levanta al cielo los ojos
Como en oracion secreta,
Y en su báculo apoyado
Lento á la ciudad regresa.

ANTONIO ARNAO.

(Se concluirá.)

LECCION DIVINA

Habian pasado cuarenta siglos desde el primer pecado, y los hombres, siempre en vias de corrupcion y de tinieblas, llegaron á olvidar la idea del Dios verdadero.

Los buenos eran pocos, y estos lloraban; lloraban porque los grandes perseguian á los pequeños, porque los ricos oprimian á los pobres, porque los soberbios ponian el pié en la garganta de los humildes, y toda la tierra de Dios tenía sed de justicia.

No habia ciencia, porque no habia verdad, no habia moral porque no habia virtud, habia muchos dioses, pero no habia religion, porque no habia Dios: Dios es la verdad, y la virtud, y la justicia. Y faltaban.

Y todo era sombras en la conciencia y malicia en el corazon de los hombres, que llamaban mal al bien y bien al mal, que ponian lo amargo por dulce y lo dulce por amargo, que daban las tinieblas por luz y la luz por tinieblas.

Pero hé aquí que un hombre divino apareció en el mundo, trayendo toda la luz en su frente, toda la verdad en sus labios y en sus manos, siempre abiertas, todas las bendiciones.

Y los soberbios lo despreciaban; pero los humildes, sedientos de justicia, lo seguian para aprender la verdad y consolarse cuando hablaba.

Cuando hablaba, el mar de Galilea amansaba sus tormentas, los rios de la tierra prometida acallaban sus murmurios, los vientos sus rumores, los pájaros sus trinos, y los lirios del campo abrian sus corolas, derramando en las auras silenciosas sus más puros suavísimos olores.

Y despues de enseñar la verdad con la eficacia y poder de una palabra divina, daba vista á los ciegos, salud á los enfermos, resurreccion á los muertos, misericordia y perdon á los arrepentidos.

Era el que habia de venir, el anunciado por los profetas y esperado por los justos de la antigua ley; era el hijo de María; era el Mesías Salvador.

Y una vez subió el Salvador á un monte en cuya falda se sentaron los que le seguian sedientos de justicia.

Y lloraban creyendo y esperando; creian la verdad, y esperaban la salud, que era él.

Y el Salvador los vió llorar y lloró en su corazon.

Luego abarcó cielo y tierra con su mirada grande, de pié, como columna que sostuviera el firmamento, y extendiendo sus brazos sobre el mundo todo, abrió sus labios y dijo:

»Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.

»Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra.

»Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.

»Bienaventurados los que han ham-

bre y sed de justicia, porque ellos serán hartos.

»Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.

»Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán á Dios.

»Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios.

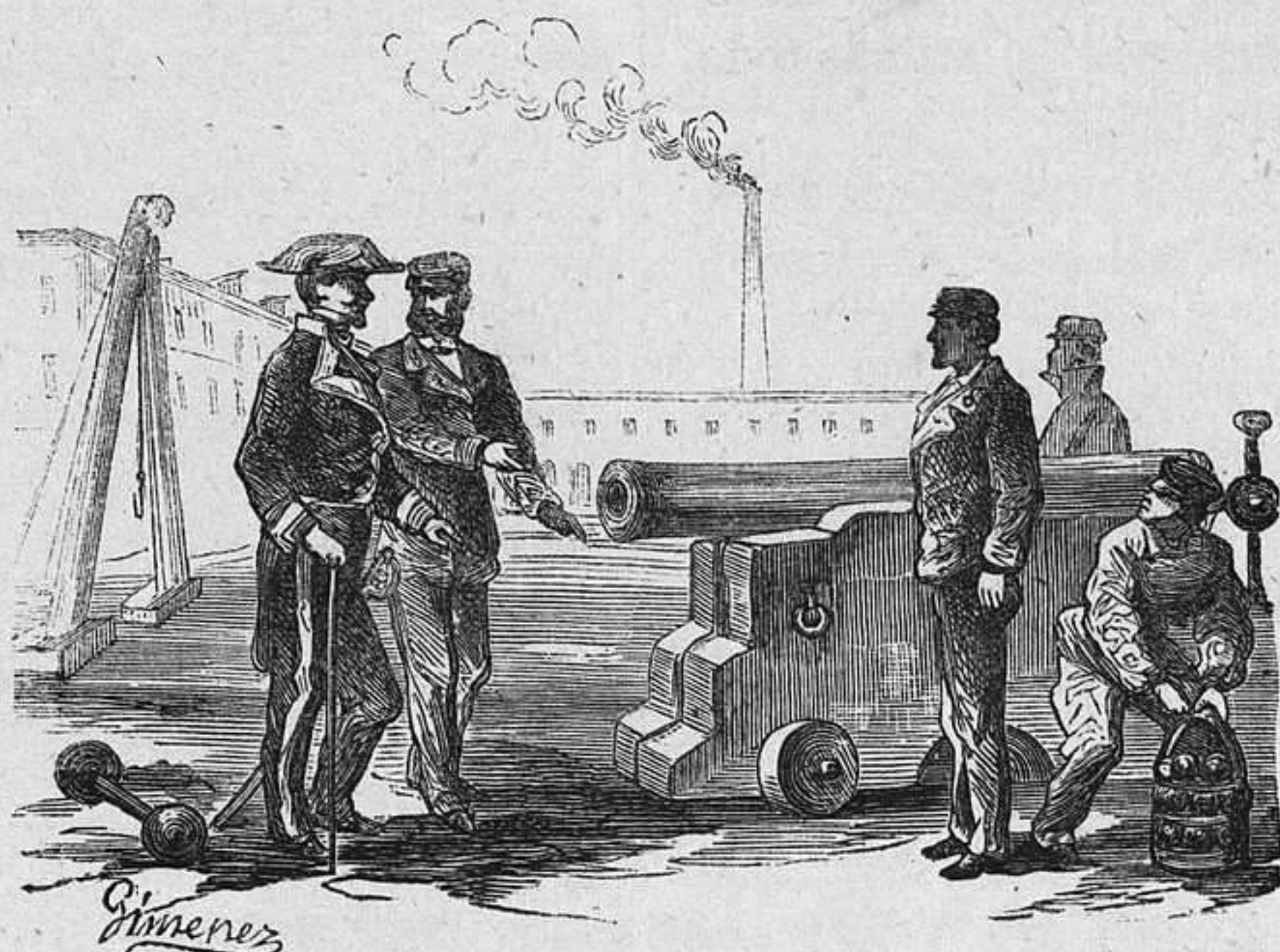
»Bienaventurados los que padecen persecucion por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.»

EL HIJO DEL MAESTRO DE ESCUELA



Tiene con los gatos una paciencia parecida á la que el pobre padre tiene con él y con sus condiscípulos. Y los gatos se parecen á él en lo poco que aprenden.

ARMADA ESPAÑOLA



Estado mayor de artillería.—Condestables.

EL RAMO DE FLORES

Sarriá es un pueblecillo agrupado en la falda de los montes que guarnecen á la hermosa Barcelona. Imposible es imaginar nada más pintoresco que sus casitas sombreadas de jardines, desde las cuales se descubren mil sorprendentes paisajes, y á lo léjos el tranquilo mar cubierto de bageles.

En ninguna parte se ostenta más rica y lozana la vegecion; en ninguna parte se concibe tan bien como allí toda la belleza del Eden que habitaron nuestros padres.

Hace algunos años vivia en medio de aquellos perpétuos vergeles una señora viuda con su hija, encantadora niña, que era la alegría de la casa.

El único cuidado, la única ocupacion de su madre era formar para el bien aquella alma tierna y candorosa, y cuando la fortuna me llevó á pasar dos

meses á su lado, asistia con lágrimas de enternecimiento á sus lecciones llenas de persuasiva dulzura.

Una tarde nos paseabamos por el jardincillo de su casa.

Elisa, que así se llamaba la niña, se divertia en coger fruta de los árboles, y venía llena de júbilo á repartir con nosotros su botin.

Mientras corria aquí y allá iba tronchando aturdidamente las florecillas que la estorbaban el paso. Su madre recogió uno de los encendidos botones arrancados de su tallo, y se puso á contemplarlo tristemente.

Cuando Elisa, que habia venido á entregarme algunas frutas, reparó en su abstraccion, comprendió que habia hecho mal, y corrió á abrazarla.

—¿Sientes que haya tronchado esa flor? la dijo con ternura.

—¡Sí!

—Y eso ¿qué vale?

—Tus palabras me recuerdan una anécdota, más bien un suceso, porque yo misma lo he presenciado; ¿quieres que te lo refiera?

Por única respuesta la hicimos sentar sobre un banco entapizado de yedra, sentándonos nosotras á su lado.

La madre de Elisa empezó así:

—¿Veis aquella magnífica casa que se divisa allá abajo, rodeada de gigantes y frondosos árboles? Pues hace algunos años era una pobre choza, habitada por un labrador que vivía de su jornal.

Sin embargo, á pesar de la escasez de su fortuna, aún hubiera podido ser dichoso, si no hubiese ahuyentado la felicidad con su genio áspero é iracundo.

Poseía el mayor de los bienes: una amante esposa, y un hijo cuya hermosura física era igual á la hermosura de su alma.

Andresillo era la antítesis de su padre: dulce, amante, reflexivo. Apenas tenía seis años y ya repartía su tiempo en el estudio, los solícitos cuidados que prodigaba á sus padres, y el cultivo de algunas florecillas, á las cuales amaba con delirio.

Habia formado un cuadrado al extremo de la pequeña huerta de su casa, llenándolo de flores y yerbas olorosas, y como las regaba mucho, no había claveles más variados ni rosas más bellas que las suyas.

Así como los otros niños se entretenían en tirar piedras á los árboles para hacer caer la fruta, ó en atormentar á los insectos y á los pajarillos, él, cuando volvía de la escuela, volaba á su jardincillo, y allí á solas con sus queri-

das flores entablaba con ellas diálogos poéticos y misteriosos.

Un día, su padre se levantó de peor humor que de costumbre. Era domingo, y cogiendo su azadon se dirigió al huerto. La vista de aquellas plantas, que él consideraba como inútiles, acrecentó su furor, y prorumpiendo en denuestos se puso á destrozarlas.

Andresillo se echó á llorar amargamente, é impidiéndole el respeto defender su adorado vergel, escondió la cabeza en el seno de su madre.

Por fortuna, acertó á pasar el señor cura, piadoso sacerdote, espejo y compendio de todas las virtudes.

—¿Por qué lloras, niño? le preguntó con dulzura.

—¡Ay mis flores! ¡mis pobres flores! sollozó Andresillo.

—¿Por qué las arrancas, Beltran? preguntó el buen cura al labrador.

—Y eso, ¿qué vale? exclamó Beltran, encogiéndose de hombros.

—En la creacion no hay nada inútil, mi buen amigo, exclamó vivamente el sacerdote; y todo lo que ha salido de las manos del Creador merece ser respetado. ¿Qué fuera de las abejas si no pudiesen libar el cáliz de las flores? ¿qué fuera de los insectos de oro si no hallasen un abrigo en su corola? La mayor parte de las dolencias que nos afligen se curan con sus milagrosas propiedades, y por ellas la brisa nos embriaga con mil perfumes deliciosos.

Pero dejando á parte sus ventajas materiales, ¿cuánto bien nos reportan al espíritu! Su hermosura, su prodigiosa variedad, embelesando nuestros ojos, nos recuerdan sin cesar la divina omnipotencia que las ha formado.

Respétalas, Beltran, reveréncialas, porque son obra de Dios, y debemos

respetar hasta el átomo de polvo que sale de sus manos.

Beltran, aunque de carácter duro é irascible, no carecia de buen fondo. Bajó la cabeza, y de allí en adelante el destructor azadon ya no amenazó la existencia de las pobres flores.

Pasáronse dos años.

Un dia, una gran desgracia sobreco-
gió de improviso á la honrada familia.

Las mulas de Beltran, por un descuido de éste, entraron en el campo de un vecino y causaron algunos destrozos. El vecino, incomodado, prorumpió en improperios, y Beltran, dejándose llevar de su genio vivo é iracundo, se arrojó sobre él, y le hundió en el pecho la navaja.

Sólo recobró la razon cuando vió caer á su víctima bañada en su propia sangre.

Inclinóse sobre el infeliz, y halló que era ya cadáver.

Loco entónces Beltran, fuera de sí, corrió al pueblo gritando:

—¡Prendedme, matadme, he asesinado á un hombre!

Vendido por su propia confesion, fué conducido á la cárcel.

¡Ay! ¡cómo pintar el dolor de su mujer, de su amante hijo, al saber la catástrofe espantosa! ¡Cómo describir la horrible escena que pasó cuando lograron verle, cuando Marta, que así se llamaba la esposa, y Andresillo lloraban abrazando las rodillas del criminal, que despedazado por los remordimientos, pedia á gritos la muerte.

Pero si fué horrible aquella escena, horribles fueron para los desdichados todos los dias que siguieron á aquel aciago dia.

Las autoridades del pueblo, en union del bondadoso cura, deseaban viva-

mente salvar al reo, ¿pero cómo, si habia confesado? ¿cómo, si la familia del muerto era rica y poderosa y ardia en sed de venganza? Beltran habia matado, y debia morir.

Lo único que podian hacer en su favor era dar treguas al asunto y ganar tiempo para ver si la Providencia les abria algun camino.

Pero entre tanto, para la pobre Marta al dolor se juntó la miseria; pues su solo trabajo no bastaba para hacer frente á tantos gastos, y la miseria y el exceso de la fatiga enervaron su cuerpo enflaquecido y la postraron en el lecho moribunda.

Entónces fué cuando brilló en todo su esplendor la virtud filial de Andresillo.

El triste niño corria de casa en casa pidiendo un pedazo de pan ó una taza de caldo para su madre, y cuando habia recogido algun socorro, volaba junto á su lecho y permanecia allí de noche y de dia, velando á la enferma con la más angélica paciencia.

Y si lograba que alguna vecina compasiva le reemplazase en su piadosa ocupacion, no era para entregarse al sueño, sino para volar á la cárcel, y allí permanecia llorando hasta que le dejaban entrar, hasta que podia correr á llenar de lágrimas y besos la mano de su padre.

Y así trascurria el tiempo, y así trajo el momento fatal, en que acabadas todas las dilaciones posibles, Beltran fué condenado á muerte.

Esta noticia arrojó á su infeliz mujer al borde del sepulcro.

En vano el bondadoso alcalde habia elevado una súplica al rey Fernando VII, que se hallaba en Barcelona, adonde habia venido á desposarse con

la princesa María Amalia. Ó no se habia dado curso á la súplica, ó el rey, distraido en los festejos públicos, no habia fijado en ella la atencion.

Pero cuando los recursos humanos se acaban, empiezan los milagros de la Providencia.

Una tarde, las campanas de Sarriá tocaron de improviso á vuelo, y todos sus habitantes salieron á las calles, poblando el aire con mil gritos de entusiasmo.

Andresillo veia esta confusa algazara desde el rincon en que estaba acurrucado, sin fijar la atencion en ella.

—¡Agua! ¡agua! gritó de repente la enferma, ¡agua! Andresillo corrió á dársela; pero Marta no pudo incorporarse. Tenía los ojos entelados, y no veia la taza que le presentaba el pobre niño.

—¡Me muero! balbuceó la infeliz, me muero... ¡y tu padre!... ¡ay, qué va á ser de ti!

Tal vez rendida á lo agudo de su mal, tal vez oprimida por esta funesta idea, Marta cayó exánime sobre el lecho.

Andres la creyó muerta.

Lleno de espanto, desolado, corrió á pedir socorro á las vecinas; pero no halló á nadie.

—Sólo en una muy distante casa encontró á una anciana octogenaria, que le siguió apoyada en su baston.

—No ha muerto, hijo mio, no ha muerto, le dijo, así que hubo tomado el pulso á la enferma. Está sólo desmayada... se salvará, ¡así pudiéramos salvar á tu padre!

El niño prorumpió en sollozos.

—¡Si el rey lo supiera!... acaso se apiadaria... prosiguió la anciana.

—¡El rey! ¿dónde esta el rey? mururo con aire estúpido.

—¿No has oido las campanas? Viene á visitar la torre de Gironella (1); tal vez ya estará allí.

Andres se lanzó á la puerta.

—¿A dónde corres? le preguntó la vieja.

—¡A hablarle!

—¡Niño!... ¿crees que te dejarán llegar hasta él?... ya, ya... ¡con tanto militar!... ¡con tantos señores llenos de bordados!... ya, ya... ¡Si fueras á ofrecerle algun tesoro!... entónces... ¿quién sabe? pero los pobrecitos... ¡calla! prosiguió la vieja mirando en derredor suyo, ¡se ha marchado!

En efecto, Andres habia volado al jardincito. Al oir hablar de tesoro, se acordó de sus hermosas flores, á las cuales, á pesar de todo, jamás habia descuidado.

¡Oh! ¡Con qué alegría las cortó todas! ¡Cómo caian sus lágrimas de esperanza sobre sus encendidas corolas! ¡Cómo palpitaba su corazon de orgullo cuando hubo formado con ellas un hermoso ramillete! Y luego corrió, voló á la entrada del pueblo, se abrió paso por entre la doble hilera de soldados... El amor filial le prestaba fuerzas... ¡el amor filial le daba alas!...

Y corria, corria... Pasaba, aunque los oficiales le amenazasen con el sable desenvainado, y cuando hallaba algun obstáculo más invencible, gritaba, agitando el ramillete:

—¡Flores para el rey!

Y la sorpresa le abria de nuevo paso. Y así corriendo, jadeando, cubierto

(1) Magnífica quinta, objeto de admiracion para naturales y extranjeros. Hoy no existen más que sus vestigios.

de sudor, llegó hasta un grupo de altos personajes que acababan de descender de una magnífica carroza. En medio de todos había un hombre y una mujer... ¿Quién le reveló que aquellos eran los reyes? ¡Dios, que guía, protege é inspira á los amantes hijos!

Andres cayó de rodillas, con el rostro encendido, con los ojos llenos de lágrimas, y exclamó con aquel acento que sale del alma para llegar al alma.

—Tomad mis flores... mi tesoro... es todo cuanto tengo... ¡tomadlo, señor, y dadme á mi pobre padre!

—¿Qué dice este niño? preguntó el rey asombrado.

El buen cura, que había salido á recibirle, le contó en breves palabras la desgracia de Beltran y la filial ternura de su hijo.

María Amalia era un ángel de bondad.

Cogió las flores y se las presentó á su esposo con ademán suplicante.

—Tú me das cuanto tienes, dijo el rey sonriendo y dirigiéndose al niño, y yo te daré en cambio el único tesoro verdadero que posee un monarca: el derecho de salvar una existencia: ¡tu padre está perdonado!...

Al oír esto Andresillo, sobrecogido por la alegría, se llevó ambas manos al corazón, y cayó desplomado al suelo.

¿Creeis que la reina mandó á sus criados que le socorriesen? ¡Oh! no, le cogió en sus brazos, á pesar de sus harapos, y le prodigó por sí misma los auxilios necesarios.

¡Oh qué momento aquel, hijas mías! ¡Cómo lloraban todos los circunstantes! ¡Cómo llorarían de júbilo los ángeles en el cielo!

Y luego la reina quiso ir á la pobre choza ántes de visitar la soberbia quin-

ta, quiso presenciar la alegría de la pobre enferma al estrechar entre sus brazos á su marido ya libre, quiso gozarse con los amantes trasportes de Andresillo, y no salió de allí sin haber deslizado en las manos del niño su bolsillo lleno de oro.

Y así como Andresillo había tenido su recompensa, también ella la tuvo. Al salir de la pobre choza halló á la multitud arrodillada en el dintel. ¡Antes la aclamaban como reina, ahora la adoraban como santa!

Todos querían tocar el borde de sus vestidos, todos querían besar la huella de sus plantas.

¡Y ya había desaparecido en su soberbia carroza, cuando aún resonaban las amantes bendiciones, cuyo eco, á pesar del trascurso de los años, se repite aún en estos momentos!...

Ya lo veis... La pobre choza se ha trocado en un palacio, porque la prosperidad es la compañera inseparable de la virtud y del trabajo.

Andres tiene el más hermoso jardín y la mejor huerta de estos alrededores. Pero su flor más preciada, la que cultiva con más cuidadoso esmero, es su esposa, que le ha dado tres hermosos hijos.

¿Veis aquellos dos viejecitos que están sentados al sol jugando con los niños? Pues son ellos: son Marta y Beltran, cuya existencia prolongan los amantes desvelos de sus hijos.

A veces el señor cura cuando pasa, dice sonriendo al abuelito:

—¿Ves como no hay nada despreciable en la creación? ¡Vida, fortuna, dicha, todo se lo debes á las humildes flores que querías arrancar en tu despecho!

ANGELA GRASSI.



LA MUJER DEL PESCADOR

(RECUERDO DE ASTURIAS)

I.

Al rayar la aurora, el hombre
salió á la mar con su barco
á ganar el pan del día,
que este es su deber más grato.

Dos seres deja en la choza
de su corazón pedazos,
la esposa bella y honrada
y el hijo que Dios le ha dado.

Por ellos no le intimidan
ni peligros ni trabajos,
por ellos al mar se lanza
siempre alegre y confiado.

Y mientras la esposa duerme
teniendo al niño en sus brazos,
el hombre en su barquichuelo
va mar adentro, cantando.

II.

Súbito el sol se oscurece,
agitase el mar airado,
y vienen las olas negras
desde léjos rebramando.

Ruge la tormenta; el hombre
tiembla ya, de aliento falto,
al ver que su barquichuelo
quiere gobernar en vano.

La carcomida madera
cruje en medio del estrago,
y gime el hombre midiendo
el abismo con espanto.

El barco se rompe; el hombre
da un grito, tiende los brazos...
y saltan sobre él las olas...
y ya no hay hombre ni barco.

III.

Cuando sale de la choza
la amante esposa, ha pasado
la tormenta; ni una nube
mancha el azul del espacio.

El espejo de las aguas
refleja del sol los rayos,
y dulce brisa acaricia
las florecillas del campo.

La esposa espera al marido,
mas ¡ay! que le espera en vano,
¡Ya están el hijo y la madre
solos y desamparados!

IV.

Niños que vivís felices,
pensad en los desgraciados,
en los porbès huerfanitos,
compadecedlos y amadlos;

A Dios misericordioso
pedid que les dé su amparo,
y no les negueis el vuestro,
que les debeis como hermanos,

Y así Dios á vuestros padres
os conserve largos años,
y en las tormentas del mundo
nunca lleguen á ser náufragos.

C. FRONTAURA.

LA GUERRA INFANTIL

CONTADA POR UN VETERANO

(CONTINUACION)

Advirtió á Rodolfo que iba á permanecer con él hasta la llegada de Francisco y Alberto, que debían ir á reunirseles ántes de una hora para operar, de acuerdo con ellos, una *marcha de noche*, con objeto de envolver al enemigo, pasando el río por el molino, y sorprenderle en su campamento cuando ménos lo pensara.

Francisco, para que el enemigo no adivinase sus proyectos, pensaba encender hogueras y hacer una especie de maniqués que, alumbrados por la llama, serían vistos desde el campamento de Jorge, y engañarían á éste haciéndole creer que sus adversarios estaban decididos á pasar la noche en el vivac sin emprender nada. Rodolfo se frotó las manos al enterarse del nuevo plan de campaña, y esperó comiendo y ha-

blando con Pablo á que se les reuniera el grueso del ejército.

Pronto distinguieron la llama de la fogata encendida por Francisco y Alberto. Algun tiempo después, como estaban con mucha atención escuchando el menor ruido por miedo á ser sorprendidos por Francisco, que les hubiera reprendido severamente por su negligencia, creyeron oír un ligero rumor en la maleza. Redoblaron su atención, y vieron que no se habían engañado: el rumor, que era muy débil, se producía cada vez más cerca: hubo un momento en que vieron moverse algunas ramas á pocos pasos de ellos. Allí había alguien, esto era indudable; pero ese alguien ¿eran Francisco y Alberto? En un puesto avanzado hay que desconfiar de todo, porque no siempre

lo que sucede es lo que se espera. Así Rodolfo y Pablo, armados cada uno de un terron de tierra tan grande como la mitad de la cabeza, gritaron: «¡Alto! ¿Quién vive?» Entónces de entre la enramada salió una voz que les contestó estas palabras: ¡*Francisco y Fortuna!* que eran el *santo y sena* dado aquel día por el general en jefe, el cual, al cabo de pocos momentos, apareció seguido de Alberto y fué á unirse á Pablo y Rodolfo. Entónces explicó los planes que pensaba realizar sin perder un minuto. Era preciso pasar el arroyo, subir la orilla opuesta hasta doscientos pasos del campamento enemigo, que por una falta imperdonable del general Jorge se hallaba inmediato á una presa de agua que podia inundarlo, si se lograba quitar la compuerta. Francisco precisamente intentaba quitarla, y aprovechando el terror y el desórden que aquel diluvio inesperado no podia ménos de introducir en el ejército enemigo, caer sobre él, pasar al filo de cualquier cosa, ya que no habia espadas, á todo el que resistiera, ó mejor aún, cogerlos prisioneros, atarles y hacerles servir para escoltar al vencedor en su triunfo, como hacian los romanos con los pueblos que vencian; pero sobre todo (esto lo pensaba Francisco aunque no lo decia) era preciso recobrar su querida gorra.

Partieron en silencio; ya habia concluido la tarde y comenzaba la noche. En verdad que una *marcha de noche* es cosa terrible. Todos los que recuerdan las que han hecho pueden atestiguarlo. Se ordena el silencio más absoluto; no se permite hablar, ni reir, ni cantar, se prohíbe fumar, encender fósforos y hacer el menor ruido; yo he visto matar implacablemente á un perro, cuyos

aullidos hubieran podido descubrir la marcha. Las armas se sujetan para que no choquen entre sí; se anda, se anda y se anda, pasando bosques, colinas, rios y arroyos; los infantes parecen deslizarse como sombras, y los jinetes, envueltos en sus capotes, semejan fantasmas á caballo. Hay que tener gran cuidado para dominar la fatiga, y no caerse, detenerse ni extraviarse. Todo el que se separa de la columna, corre peligro de no poderse unir á ella y caer en poder de los merodeadores que siguen á los ejércitos y asesinan para robar á los enfermos y heridos.

Francisco y los suyos no corrian, es cierto, tan grandes peligros, pero, sin embargo, tenian que tomar algunas precauciones. En primer lugar era preciso que acertaran con el vado para pasar el arroyo, sin lo cual se exponian á tomar un baño por fuerza. Luego tenian que evitar los hoyos y zanjas en que podian caerse, y cuidar de no despertar á un toro negro que dormia en medio de las vacas en la pradera, porque ya en aquella estacion se quedaba el ganado en el campo. Los toros no siempre están de buen humor cuando se les despierta, y lo mismo ensartan á un general como Francisco y á capitanes tan distinguidos como los que le seguian, que si fueran unos cualesquiera. Por último, era preciso no ser descubiertos por el enemigo, en cuyo caso todo el plan fracasaba, lo cual hubiera sido una lástima.

XIV.

UNA CARGA DE CABALLERÍA.

Despues de comer, Francisco, seguido de todo su ejército, atravesó el ar-

rojo (habiendo tenido que quitarse los botitos y los calcetines, y levantarse los pantalones hasta la rodilla). Por mucho cuidado que pusieran para avanzar en silencio, de cuando en cuando se oía agitarse el agua cuando alguno de ellos daba un paso en falso ó resbalaba sobre un guijarro; pero este ruido era dominado por el que hacía la rueda del molino, y por el tic tac de las muelas, que precisamente el molinero acababa de poner en movimiento.

Pasado el arroyo, nuestros guerreros volvieron á calzarse, cosa muy bien pensada, porque en la pradera abundaban esos moscardones de aguijon agudísimo, cuyo encuentro es poco agradable para todo el que no tenga piel de asno; é inmediatamente se pusieron en marcha. Cuanto más avanzaban mayor era la emoción que sentían. Comprendían que iban á dar un gran golpe, y Francisco tenía ese aire grave y reflexivo que se nota siempre en aquellos sobre quienes pesa una gran responsabilidad. Vosotros habreis visto en los prados destinados á pastos esas barreras que se levantan para impedir que los animales se alejen más de lo que se quiere, y que forman recintos aislados. No sabemos si Francisco había oblicuado mucho á la derecha ó á la izquierda, pero el caso fué que cuando ménos lo esperaba se vió detenido en su marcha por una de esas barreras, lo

que causó un marcado movimiento de oscilación en la columna. La indecisión es lo peor que hay en el mundo, y con ella no se consigue más que ser derrotado por el enemigo; pero felizmente, en el ejército de Francisco duró muy pocos momentos. La barrera fué escalada. Pero ¿qué animales se encontraban del otro lado? ¿No estaría allí durmiendo el terrible toro negro? ¿No podían nuestros héroes despertarlo? Y ¿qué sucedería entónces? Sus corazones latían con violencia, y su respiración no era muy regular que digamos; pero esto se debía sin duda á la precipitación de la marcha, y no á temor indigno de guerreros tan famosos.

La necesidad aclara la vista, y casi acaba uno por ver aún en medio de la oscuridad. Nuestros héroes avanzaron de puntillas marchando hácia el frente para atravesar el recinto, sin volver sobre sus pasos ni extraviarse, como sucede frecuentemente de noche. Hay un medio de marchar en línea recta aunque no se vea el camino; quiero indicároslo para que os aprovecheis de él si teneis necesidad. Por mucha calma que reine en la atmósfera, nunca deja de haber una ligera brisa: pues bien; en cuidando de sentirla siempre en la misma mejilla, y manteniendo la cabeza derecha, está uno seguro de marchar siempre en la misma dirección.

(Se continuará.)



TIPOS DEL PUEBLO ESPAÑOL



El aragones.

A LOS SUSCRITORES DE LOS NIÑOS.

Nuestros favorecedores habrán advertido el esmero, cada vez mayor, con que ilustramos esta publicación, sin hacer alarde de ello y sin reparar en gastos, para los cuales, aunque sea triste decirlo, no dá todavía esta Revista, que en otro país contaría muchos miles de suscritores. Sin embargo, no nos desalentamos por esto, y cada día tenemos más fe en la bondad y utilidad de nuestra empresa, y mayor esperanza de que el público nos favorezca al ver nuestros constantes desvelos.

Otros periódicos ilustrados, aunque de otra índole que el nuestro, hacen alarde de publicar dibujos de grandes artistas; Los Niños no ha de ser ménos que esas publicaciones, aunque tenga más modestas pretensiones y más limitados medios; y en el número próximo vamos á dar una gran lámina, dibujada por el eminente artista, por el gran maestro D. Carlos Luis de Rivera, grabada por el Sr. Búrgos. A esta gran lámina seguirán otras muy notables, además de los dibujos de Ortego, Padró, Jimenez, etc. etc.

Preparamos también, y pronto la anunciaremos, la preciosa *Baraja geográfica*, utilísimo recreo para los niños, de la que hablamos ya en el tomo I de esta publicación.

Continúen favoreciéndonos nuestros actuales suscritores, propáguenla entre sus conocimientos, y no tengan duda de que haremos de Los Niños una publicación que, bajo todos conceptos, en la parte literaria, en la científica, en la artística y en la recreativa sea la mejor, la más útil, la más elegante y la más necesaria para las familias.